

WILBUR
SMITH



RÍO
SAGRADO

Cuando la historia se confunde
con la leyenda

El imperio de los faraones está en decadencia; bandas de ladrones y ejércitos ilegales saquean las posesiones del reino. En este panorama desolador, un grupo de leales se propone restaurar la dignidad de sus antepasados: Taita, el formidable esclavo eunuco; Lostris, la joven esposa del faraón, y Tanus, el joven oficial que ansía derrotar a Intef para vengar la muerte de su padre y conquistar a Lostris. Una guerra heroica y una gran historia de amor en el incomparable marco del Valle de los Reyes.

Este libro lo dedico, como tantos otros, a mi mujer, Danielle Antoinette.

El Nilo que fluye a lo largo de esta historia nos tiene a ambos a su merced. Hemos pasado juntos días encantadores viajando por sus aguas y descansando en sus orillas. Este río es, al igual que nosotros, una criatura de esta África nuestra.

Sin embargo, este gran río no corre ni con tanta fuerza ni tan profundamente como el amor que por ti siento, amada mía.

El río fluía a través del desierto, lentamente, brillante como el metal fundido que cae del horno candente. En el cielo flotaba la neblina producida por el calor, mientras el sol golpeaba el agua como el martillo de un herrero. En el espejismo, las colinas que flanqueaban el Nilo parecían temblar con los golpes.

Nuestra embarcación navegaba cerca de los lechos de papiros, lo bastante cerca para que el crujido de los baldes de agua del cigoñal, en sus brazos largos y equilibrados, se oyera desde los campos. El sonido armonizaba con el canto de la muchacha de proa.

Lostris tenía catorce años. La última crecida del Nilo coincidió exactamente con su primer ciclo lunar como mujer, una coincidencia que los sacerdotes de Hapi consideraron muy propicia. Sustituyeron su nombre infantil por uno de mujer, Lostris, que significa «*Hija de las Aguas.*»

La recuerdo vívidamente aquel día. Con el paso de los años crecería en belleza, serenidad y nobleza, pero jamás volvería a irradiar con tanta fuerza aquel resplandor virginal. Todos los hombres de a bordo, incluidos los guerreros en los bancos de los remos, éramos conscientes de ello. No podíamos apartar la mirada de ella. Lostris me hacía sentir mi propia impotencia y lograba que todo mi ser se viera invadido por un deseo profundo y doloroso; pues, aunque era un eunuco, conocí el placer junto al cuerpo de una mujer antes de ser castrado.

—¡Cántame, Taita! —me pidió. Cuando obedecí, sonrió de placer. Mi voz era uno de los muchos motivos por los que, siempre que podía, me tenía a su lado; mi voz de te-

nor complementaba a la perfección su hermosa voz de soprano. Entonamos una de las antiguas canciones populares de amor que yo le había enseñado y que seguía siendo una de sus favoritas:

*Mi corazón aletea como una codorniz herida
cuando veo el rostro de mi amada
y mis mejillas florecen como el cielo del alba
ante el sol de su sonrisa...*

Otra voz se unió a la nuestra desde la popa. Era una voz de hombre, profunda y poderosa, pero que no tenía la claridad y pureza de la mía. Si mi voz era la del zorzal que saluda a la aurora, aquella otra era la voz de un joven león.

Lostris volvió la cabeza y en ese momento su sonrisa resplandeció como los rayos del sol sobre la superficie del Nilo. Aunque el hombre a quien dedicó esa sonrisa era mi amigo, tal vez mi único amigo verdadero, confieso que sentí en la garganta la amargura de la envidia. Sin embargo, me esforcé por sonreír a Tanus igual que ella, con amor.

El padre de Tanus, Pianki, señor de Harrab, había sido uno de los grandes nobles de Egipto, pero su madre era hija de un esclavo *tehenu* liberado. Como tantos de los de su pueblo, era rubia y de ojos azules. Murió de fiebre de los pantanos cuando Tanus era todavía un niño, por lo que no la recuerdo muy bien. Sin embargo, las ancianas afirmaban que pocas veces se había visto una belleza semejante en ninguno de los dos reinos.

Conocí y admiré al padre de Tanus antes de que perdiera su enorme fortuna y sus vastas propiedades, que antaño casi rivalizaban con las del mismo faraón. El padre de Tanus era de tez oscura, con ojos egipcios del color de la obsidiana pulida, un hombre dotado de energía física más que de belleza, pero con un corazón noble y generoso. Algunos tal vez opinarían que demasiado generoso y confiado porque

murió en la indigencia, con el corazón destrozado por aquellos a quienes creía sus amigos, solo en la oscuridad, separado del resplandor de los favores del faraón.

Parecía que Tanus había heredado lo mejor de cada uno de sus padres, excepto las riquezas de este mundo. Al padre se parecía en fuerza y carácter; a la madre, en belleza. Entonces, ¿por qué me iba a molestar que mi ama lo amara? Yo también lo amaba y, siendo como soy un pobre eunuco, sabía que ella no podría llegar a ser nunca mía, ni aunque los dioses me hubieran elevado a una clase superior a la de esclavo. Sin embargo, es tal la perversidad de la naturaleza humana que suspiraba por lo que nunca podría tener y soñaba con lo imposible.

Lostris estaba sentada en su almohadón, a proa, con sus esclavas a sus pies, dos negras de Cuch, ágiles como panteras, completamente desnudas salvo por los collares dorados al cuello. Lostris sólo llevaba una falda o *shenti* de hilo blanco, frágil y nivea como las alas de la garceta. La piel de la parte superior de su cuerpo, acariciada por el sol, era del tono de la madera de cedro aceitada, de las montañas allende Biblos. Sus pechos tenían el tamaño y la forma del higo maduro listo para ser cosechado, y sus pezones parecían rubíes.

Se había despojado de su peluca protocolaria y lucía el pelo natural en una gruesa trenza que caía como una oscura sogá sobre uno de sus senos. El verde plateado del polvo de malaquita que cubría sus párpados destacaba los ojos rasgados también verdes, pero del verde más oscuro, más translúcido del Nilo cuando las aguas bajan y depositan su carga preciosa de limo. Entre los pechos, suspendida de una cadena de oro, pendía una imagen de oro y lapislázuli de *Hapi*, la diosa del Nilo. Se trataba de una pieza soberbia, pues la había hecho yo mismo con mis propias manos.

De repente, Tanus alzó el puño derecho. Los remeros se detuvieron al unísono y mantuvieron fuera del agua los re-

mos empapados que resplandecían al sol. Tanus inclinó a un lado el timón y los hombres sentados a babor empezaron a remar con fuerza hacia atrás, formando pequeños remolinos en el agua. Los de estribor remaron con fuerza hacia delante. La nave dio un viraje tan brusco que la cubierta se inclinó de manera peligrosa. Después se pusieron a remar todos juntos y la embarcación salió disparada hacia delante. La proa puntiaguda decorada con los ojos azules de Horus, se abrió paso entre los densos papiros y salió del flujo de la corriente del río para entrar en las tranquilas aguas de la laguna.

Lostris interrumpió la canción y se llevó las manos a los ojos para protegerlos del sol y mirar hacia delante.

—¡Allí están! —exclamó, señalando con su grácil mano. Las otras embarcaciones de la escuadra de Tanus se desplegaban como una red a lo largo del extremo sur de la laguna, bloqueando la entrada principal del gran río y cortando toda huida en esa dirección.

Naturalmente, Tanus había elegido para sí la parte norte porque sabía que allí la cacería sería más violenta. Deseé que no fuera así. No es que sea un cobarde, pero debo pensar siempre en la seguridad de mi ama. Ella había conseguido estar a bordo del *Aliento de Horus* tras muchas intrigas en las que, como siempre, me había involucrado. Cuando su padre se enterara de su presencia en la partida de caza, como sin duda sucedería, yo saldría bastante mal parado; pero si además averiguaba que había sido el responsable de que estuviera un día entero en compañía de Tanus, ni siquiera mi privilegiada posición podría protegerme de su ira. Las instrucciones que me había dado con respecto a aquel joven eran claras.

Sin embargo, yo parecía ser el único que estaba preocupado a bordo del *Aliento de Horus*. Los demás temblaban de excitación. Tanus detuvo a los remeros con un gesto perentorio de la mano y la embarcación se inmovilizó meciéndose suavemente sobre las aguas verdes tan quietas, que

al asomarme por la borda y ver mi rostro reflejado, como de costumbre, quedé asombrado por lo bien que había resistido mi belleza el paso de los años. Desde mi punto de vista, mi rostro era más hermoso que los lotos azul oscuro que lo enmarcaban. Sin embargo, tuve poco tiempo para admirarlo, pues toda la tripulación andaba alborotada.

Uno de los oficiales de Tanus izó el estandarte de su jefe en el mástil principal. Era la imagen de un cocodrilo azul, con su pomposa cola erecta y las fauces abiertas. Sólo un oficial con el rango de *Mejor de Diez Mil* tenía derecho a su propio estandarte. Antes de cumplir veinte años, Tanus había adquirido ese rango junto con el mando de la división Cocodrilo Azul de la elite de la guardia del propio faraón.

El estandarte ondeando sobre el mástil principal era la señal para que comenzara la cacería. En el horizonte de la laguna, la distancia empequeñecía al resto de la escuadra, pero los remos empezaron a moverse rítmicamente, alzándose y cayendo como las alas de gansos salvajes en pleno vuelo.

Tanus bajó el gong a la popa. Era un largo tubo de bronce, uno de cuyos extremos hundió en el agua. Al golpearlo con un martillo del mismo metal, los tonos agudos reverberarían y se transmitirían a través del agua, alarmando a nuestra presa. Por desgracia, aquello podría desencadenar una furia asesina.

Tanus se rió de mí. Incluso en medio de su excitación presentía mi desasosiego. Para tratarse de un rudo soldado, tenía una percepción poco habitual.

¡Ven, sube a la torre de popa, Taita! —ordenó—. Puedes ayudarnos golpeando el gong. Durante un rato te distraerá de tu preocupación por la seguridad de tu preciosa ama.

Me dolió su indolencia, pero la invitación fue un alivio porque la torre de popa quedaba demasiado alta, lejos del agua. Hice lo que me pidió sin apresuramientos y, al pasar a su lado, me detuve para advertirle en tono severo.

—Cuida de mi ama, ¿me oyes, muchacho? No alientes su impaciencia porque es tan temeraria como tú. —Podía hablar así al ilustre comandante de Diez Mil porque en una época había sido mi alumno y en más de una ocasión blandí la caña sobre sus marciales nalgas. Me sonrió como solía hacer, tan presuntuoso y descarado como siempre.

—Te ruego, viejo amigo, que dejes a esta dama en mis manos. ¡Te aseguro que nada podría gustarme más! —No hice caso de su tono irrespetuoso porque tenía prisa por subirme a la torre. Desde allí lo observé empuñar el arco.

Aquel arco ya era famoso en todo el ejército; en realidad era famoso en todo el gran río, desde las cataratas hasta el mar. Se lo diseñé cuando se hartó de las armas insignificantes y débiles a las que hasta entonces había tenido acceso. Le sugerí que tratáramos de crear un arco utilizando un material nuevo, distinto de las maderas blandas que crecen en nuestros angostos valles junto al río; tal vez con maderas exóticas como la del olivo de la tierra de los hititas o la del ébano de Cuch; o con materiales aún más extraños como cuernos de rinoceronte o el marfil de los colmillos de elefante.

Apenas iniciamos la tarea, tropezamos con infinidad de problemas; el primero, la fragilidad de estos materiales exóticos, que en su estado natural no se doblan sin agrietarse, y sólo los colmillos de elefante más grandes, que son los más caros, nos permitirían tallar un arco entero. Solucioné ambos problemas astillando el marfil de un colmillo más pequeño y pegando las astillas entre sí para rodearlas con una correa y formar un arco. Por desgracia resultó demasiado rígido para que un hombre pudiera tensarlo.

Sin embargo, a partir de entonces resultó fácil y natural laminar juntos los cuatro materiales elegidos: madera de olivo, ébano, cuerno y marfil. Transcurrieron varios meses de experimentos durante los cuales combinamos estos materiales con diferentes clases de pegamento para mantenerlos unidos. Nunca logramos fabricar un pegamento lo

bastante fuerte, pero este problema quedó finalmente solucionado al atar todo el arco con alambre de electro para impedir que se deshiciera. Dos hombres muy fuertes ayudaron a Tanus a retorcer el alambre mientras el pegamento estaba todavía caliente. Cuando se enfrió, comprobamos que habíamos logrado una combinación casi perfecta de fuerza y flexibilidad.

Con su espada de hoja de bronce, Tanus había cazado en el desierto un gran león de melena negra. Corté en tiras el intestino de la fiera y las retorcí para formar la cuerda del arco. El resultado fue aquel arco resplandeciente, de poder tan extraordinario que sólo un hombre entre mil logró tensarlo en toda su extensión.

Las normas del tiro con arco, tal como las enseñaba el instructor del ejército, consistían en colocarse frente al blanco, llevar la flecha hasta el centro del esternón, apuntar durante unos instantes con suma concentración y soltar la flecha a la orden de tiro al blanco. Sin embargo, ni siquiera Tanus tenía la fuerza necesaria para estirar el arco y mantenerlo tenso unos segundos. Así que se vio obligado a desarrollar un estilo completamente nuevo. De perfil frente al blanco, lo miraba por encima del hombro izquierdo, alzaba el arco con el brazo extendido, estiraba la flecha hacia atrás hasta que las plumas le tocaban los labios, y los músculos de sus brazos y pecho se tensaban a causa del esfuerzo. En ese instante, totalmente extendido, soltaba la flecha aparentemente sin apuntar.

Al principio las flechas volaban al azar como abejas salvajes que abandonan el panal, pero Tanus practicaba durante todo el día. La cuerda del arco le puso en carne viva los dedos de la mano derecha, que poco a poco fueron sanando y endureciéndose. El antebrazo izquierdo estaba en carne viva allí donde la cuerda lo raspaba al soltar la flecha, pero yo ideé una especie de manga de cuero para protegerlo. Tanus permanecía en el campo de tiro, practicando constantemente.

Hasta yo llegué a dudar de sus posibilidades de dominar el arma, pero él jamás se dio por vencido. Poco a poco, con una lentitud desesperante fue controlando el arco hasta que por fin consiguió lanzar tres flechas con tanta rapidez que todas llegaban a danzar por los aires al unísono. Por lo menos dos de ellas daban en el blanco, un disco de cobre del tamaño de la cabeza de un hombre, colocado a una distancia de cincuenta pasos de donde Tanus se encontraba. La fuerza de aquellas flechas era tal que atravesaban limpiamente el metal cuyo grosor era el de mi dedo meñique.

Tanus bautizó el arma con el nombre de *Lanata*, que coincidía con el nombre infantil de mi ama. En aquel momento, ambos estaban a su lado, la mujer y el arco. Formaban una pareja demasiado maravillosa para la paz de mi espíritu.

—¡Ama! —llamé con voz aguda—. ¡Ven inmediatamente! Ese lugar no es seguro. —Pero ella ni siquiera se dignó mirarme, sino que me hizo un signo con la mano detrás de la espalda.

Todos los tripulantes la vieron y los más osados lanzaron una risotada. Alguna de las pícaras sirvientas negras debía de haberle enseñado aquel gesto, más propio de las mujeres de las tabernas que de una muchacha de alcurnia, hija de la Casa de Intef. Pensé reñirla, pero abandoné en el acto la idea de una actitud tan imprudente ya que mi ama sólo se aviene a razones en determinado estado de ánimo. Para disimular mi disgusto me dediqué a golpear el gong con fuerza.

El sonido agudo se extendió a través de la laguna e instantáneamente el aire se llenó de un susurro de alas. Una sombra ocultó el sol cuando, de entre los papiros, de los ocultos charcos y del agua de la laguna una bandada de aves levantó el vuelo. Pertenecían a cien variedades distintas: ibis blancas y negras con cabezas parecidas a las del buitre, sagradas para la diosa del río; estrepitosos gansos

de plumaje rojizo con una pequeña mancha de tono rubí en el pecho; garzas verdes azuladas o negras como la noche, con picos como espadas y poderosos aleteos; y patos en tal cantidad que su número desafiaba las miradas y la credulidad de quien los observaba.

La caza de aves silvestres es uno de los deportes más apreciados por la nobleza egipcia, pero ese día íbamos tras una presa distinta. A lo lejos, vi que la superficie cristalina de la laguna perdía su calma: algo pesado y macizo se movía; mi espíritu se estremeció porque sabía cuál era la bestia terrible que acababa de agitarse. Tanus también lo había visto, pero su reacción fue completamente distinta de la mía. Lanzó un grito parecido al de un sabueso y sus hombres le hicieron coro inclinándose sobre los remos. *El Alienato de Horus* saltó hacia delante como si fuera uno de los pájaros que oscurecían el cielo; mi ama lanzó un grito de excitación, golpeando con su pequeño puño el musculoso hombro de Tanus.

El agua volvió a agitarse y Tanus le indicó al timonel que siguiera el movimiento, mientras yo continuaba golpeando el gong para olvidarme del miedo. Llegamos al punto donde habíamos visto agitarse por última vez las aguas y la nave se detuvo mientras todos sus tripulantes miraban ansiosamente a su alrededor.

Sólo yo miré directamente por la popa. Bajo el casco de la nave, el agua era poco profunda y tan clara como el aire que nos rodeaba. Lancé un chillido tan fuerte y agudo como el de mi ama y salté hacia atrás, alejándome de la barandilla de popa, porque el monstruo estaba debajo de nosotros.

El hipopótamo es el familiar de Hapi, la diosa del Nilo. Sólo se lo podía cazar con su consentimiento. Con esa finalidad, aquella mañana Tanus había orado y ofrecido sacrificios en el templo de la diosa, acompañado de mi ama. Hapi es la diosa de Lostris, pero dudo que éste fuera el único motivo de su ávida participación en la ceremonia.

La bestia que había visto era un enorme macho viejo. A mí me pareció tan grande como nuestra nave, una forma gigantesca que avanzaba pesadamente por el fondo de la laguna, cuya corriente frenaba sus movimientos dándole el aspecto de una criatura de pesadilla. Levantaba barro con los cascos, igual que el órix salvaje levanta polvo del desierto cuando huye.

Tanus hizo girar la nave y perseguimos al hipopótamo. Pero a pesar de su lento galope, la bestia se alejó de nosotros con rapidez. Su forma oscura fue desapareciendo en las verdes profundidades de la laguna.

—¡Remad! ¡Por el mal aliento de Seth, remad! —gritaba Tanus a sus hombres, pero al ver que uno de sus oficiales desenrollaba el látigo, frunció el entrecejo e hizo un movimiento negativo con la cabeza. Nunca le he visto permitir que se azote a nadie sin necesidad.

De repente, el hipopótamo emergió frente a nosotros y de su boca salió una gran nube de vaho maloliente. A pesar de encontrarse fuera del alcance de los arcos, el hedor de su aliento nos sobrecogió. Durante unos instantes, su lomo formó una resplandeciente isla de granito sobre la laguna; después, con una respiración silbante, se volvió a hundir.

—¡Perseguidlo! —gritó Tanus.

—¡Allí está! —exclamé, señalando hacia un lado—. Vuelve hacia aquí.

—¡Bien hecho, amigo! —exclamó Tanus riendo—. Todavía lograremos hacer de ti un guerrero.

Era totalmente ridículo, porque yo era un escriba, un sabio y un artista. Mis hazañas son mentales. Pese a todo, sentí un escalofrío de placer, como me sucede siempre que Tanus me alaba, y por un momento mi ansiedad desapareció en medio de la excitación de la caza.

Las naves de la escuadra, que se encontraban al sur, también habían iniciado la cacería. Los sacerdotes de *Hapi* llevaban una cuenta estricta de los hipopótamos que habi-

taban en la laguna y habían dado permiso para sacrificar cincuenta con motivo del festival de Osiris. En la manada de la diosa del templo de la laguna quedarían casi trescientos, número que los sacerdotes consideraban ideal para mantener las vías navegables libres de algas, impedir que los lechos de papiros invadieran las tierras cultivables y abastecer al templo de carne. Sólo a los sacerdotes les estaba permitido comer carne de hipopótamo fuera de los diez días del festival de Osiris.

La cacería se desarrolló como una compleja danza en la que las naves de la escuadra avanzaban con repetidos virajes. Las bestias, enloquecidas, huían zambulléndose, resoplando y gruñendo al salir a flote. Cada zambullida era más corta que la anterior y las salidas a la superficie más frecuentes, ya que las bestias, antes de poder llenar sus pulmones de aire, debían zambullirse nuevamente para evitar que las naves que las perseguían se hallaran sobre ellas. Y durante todo el tiempo, los gongs de bronce de las naves resonaban junto con los gritos excitados de los remeros y las exhortaciones de los timoneles. Todo era alboroto y confusión; incluso yo gritaba y vitoreaba junto con los más sedientos de sangre.

Tanus había centrado toda su atención en el macho más grande, el primero que vimos. Ignoró a las hembras y a los animales más pequeños que tenía al alcance de sus flechas, y persiguió a la gran bestia acercándosele inexorablemente cada vez que emergía. A pesar de mi excitación no pude menos que admirar la habilidad con que Tanus manejaba el *Aliento de Horus* y la manera en que la tripulación respondía a sus señales. Pero Tanus siempre había tenido la virtud de lograr lo mejor de aquellos a quienes tenía bajo su mando. De otro modo, ¿cómo habría podido alcanzar con tanta rapidez un rango tan alto sin el respaldo de una fortuna ni de un protector? Lo que tenía lo había logrado por sus propios méritos, a pesar de las influencias malignas de enemi-

gos ocultos que pusieron todos los obstáculos posibles en su camino.

De repente, el hipopótamo salió a la superficie a menos de treinta pasos de la proa. Lo vimos resplandeciente a la luz del sol, negro y terrible, con nubes de vapor surgiendo de su nariz como la criatura del otro mundo que devora los corazones de aquellos a quienes los dioses consideran culpables.

Tanus alzó el gran arco y lanzó una flecha. Lanata dejó oír su tétrica música y la flecha salió volando a tal velocidad que el ojo humano no llegaba a verla. Mientras la primera flecha todavía silbaba, la siguió otra y luego otra más. La cuerda del arco sonaba como un laúd y las flechas dieron en el blanco, una tras otra, clavándose en el lomo del hipopótamo que lanzó un bramido y volvió a hundirse en el agua.

Las flechas eran proyectiles que yo había diseñado especialmente para la ocasión. Les había quitado las plumas reemplazándolas por pequeños flotadores de madera de *baobab* como los que usan los pescadores para indicar el lugar donde se hallan sus redes. Estaban colocados en el extremo de la flecha de tal manera que se mantenían adheridos a ella durante el vuelo, para separarse cuando la bestia se zambullía y las arrastraba consigo bajo el agua. Unidas a la cabeza de bronce de la flecha por un fino hilo de algodón enrollado alrededor de la vara, éste se desenrollaba al soltarse el flotador. Así que en aquel momento, cuando el macho se alejaba velozmente debajo del agua, tres pequeños flotadores salieron a la superficie y lo siguieron. Yo los había pintado de un amarillo brillante para que revelaran al instante la posición del animal, aunque estuviera hundido en las profundidades de la laguna.

Así Tanus podía anticiparse a los movimientos del macho y adelantar el *Aliento de Horus* para dispararle otra andanada de flechas cuando volviera a emerger. El hipopótamo ya arrastraba tras de sí una guirnalda de hermosos cor-